

La tienda de equipajes – Crónicas marcianas

Autor : Ray Bradbury

Cuando aquella noche el dueño de la tienda de equipajes escuchó la noticia, transmitida directamente desde la Tierra en una onda de luz-sonido, le pareció algo muy remoto. Una guerra iba a estallar en la Tierra.

El dueño de la tienda de equipajes se asomó a la puerta y miró el cielo.

Sí, allá estaba la Tierra, en el cielo nocturno, descendiendo como el sol detrás de las colinas. Las palabras de la radio y aquella estrella verde eran lo mismo.

-No lo creo -dijo el dueño de la tienda.

-Porque usted no está allá -dijo el padre Peregrine, que se había detenido para entretener la velada.

-¿Qué quiere decir, padre?

-En mi infancia era lo mismo -explicó el padre Peregrine-. Nos decían que había estallado una guerra en China y no lo creíamos. China estaba demasiado lejos. Y moría demasiada gente. Imposible. No lo creíamos ni al ver las películas. Bueno, así es ahora. La Tierra es China. Está tan lejos que parece irreal. No está aquí. No se puede tocar. No se puede ver. Es sólo una luz verde. ¿En esa luz viven dos billones de personas? ¡Increíble! ¿Una guerra! No oímos las explosiones.

-Ya las oiremos -dijo el dueño de la tienda---. No puedo olvidarme de todos los que iban a venir a Marte en esta semana. ¿Cuántos eran? Unos cien mil en un mes, más o menos. ¿Qué hará esa gente si estalla la guerra?

-Supongo que volverán. Los necesitarán en la Tierra.

-Bueno -dijo el dueño-. Será mejor que sacuda el polvo de las maletas. Sospecho que en cualquier momento habrá aquí un tropel de clientes.

-¿Cree usted que si es ésta la Gran Guerra de la que tanto se ha hablado las gentes de Marte volverán a la Tierra?

-Es curioso, padre; pero sí, creo que volverán, todos. Ya sé que hemos venido huyendo de muchas cosas: la política, la bomba atómica, la guerra, los grupos de presión, los prejuicios, las leyes; ya lo sé. Pero nuestro hogar está aún allá abajo. Espere y verá. Cuando la primera bomba atómica caiga en los Estados Unidos, la gente de aquí arriba comenzará a pensar. No han vivido aquí bastante tiempo. No más de un par de años. Si hubieran pasado aquí cuarenta años, todo sería distinto; pero allá abajo están sus parientes, y los pueblos donde nacieron. Yo ya no puedo creer en la Tierra; apenas puedo imaginármela. Pero yo soy viejo. No cuento. Podría quedarme aquí.

-Lo dudo.

-Sí, tiene usted razón.

De pie, en el porche, contemplaron las estrellas. Al fin el padre Peregrine sacó algún dinero del bolsillo y se lo dio al propietario.

-Ahora que lo pienso, mejor que me dé una maleta nueva. La que tengo está muy estropeada...

Ladrón de sábado

Per Gabriel García Márquez

Hugo, un ladrón que sólo roba los fines de semana, entra en una casa un sábado por la noche. Ana, la dueña, una treintañera guapa e insomne empedernida, lo descubre in fraganti. Amenazada con la pistola, la mujer le entrega todas las joyas y cosas de valor, y le pide que no se acerque a Pauli, su niña de tres años. Sin embargo, la niña lo ve, y él la conquista con algunos trucos de magia. Hugo piensa: «¿Por qué irse tan pronto, si se está tan bien aquí?» Podría quedarse todo el fin de semana y gozar plenamente la situación, pues el marido -lo sabe porque los ha espiado- no regresa de su viaje de negocios hasta el domingo en la noche. El ladrón no lo piensa mucho: se pone los pantalones del señor de la casa y le pide a Ana que cocine para él, que saque el vino de la cava y que ponga algo de música para cenar, porque sin música no puede vivir.

A Ana, preocupada por Pauli, mientras prepara la cena se le ocurre algo para sacar al tipo de su casa. Pero no puede hacer gran cosa porque Hugo cortó los cables del teléfono, la casa está muy alejada, es de noche y nadie va a llegar. Ana decide poner una pastilla para dormir en la copa de Hugo. Durante la cena, el ladrón, que entre semana es velador de un banco, descubre que Ana es la conductora de su programa favorito de radio, el programa de música popular que oye todas las noches, sin falta. Hugo es su gran admirador y, mientras escuchan al gran Benny cantando *Cómo fue* en un casete, hablan sobre música y músicos. Ana se arrepiente de dormirlo pues Hugo se comporta tranquilamente y no tiene intenciones de lastimarla ni violentarla, pero ya es tarde porque el somnífero ya está en la copa y el ladrón la bebe toda muy contento. Sin embargo, ha habido una equivocación, y quien ha tomado la copa con la pastilla es ella. Ana se queda dormida en un dos por tres.

A la mañana siguiente Ana despierta completamente vestida y muy bien tapada con una cobija, en su recámara. En el jardín, Hugo y Pauli juegan, ya que han terminado de hacer el desayuno. Ana se sorprende de lo bien que se llevan. Además, le encanta cómo cocina ese ladrón que, a fin de cuentas, es bastante atractivo. Ana empieza a sentir una extraña felicidad.

En esos momentos una amiga pasa para invitarla a comer. Hugo se pone nervioso, pero Ana inventa que la niña está enferma y la despide de inmediato. Así los tres se quedan juntitos en casa a disfrutar del domingo. Hugo repara las ventanas y el teléfono que descompuso la noche anterior, mientras silba. Ana se entera de que él baila muy bien el danzón, baile que a ella le encanta pero que nunca puede practicar con nadie. Él le propone que bailen una pieza y se acoplan de tal manera que bailan hasta ya entrada la tarde. Pauli los observa, aplaude y, finalmente se queda dormida. Rendidos, terminan tirados en un sillón de la sala.

Para entonces ya se le fue el santo al cielo, pues es hora de que el marido regrese. Aunque Ana se resiste, Hugo le devuelve casi todo lo que había robado, le da algunos consejos para que no se metan en su casa los ladrones, y se despide de las dos mujeres con no poca tristeza. Ana lo mira alejarse. Hugo está por desaparecer y ella lo llama a voces. Cuando regresa le dice, mirándole muy fijo a los ojos, que el próximo fin de semana su esposo va a volver a salir de viaje. El ladrón de sábado se va feliz, bailando por las calles del barrio, mientras anochece.

PREESCOLAR

Buscando la Paz

Autor : Luis Galindo

Había una vez un rey que ofreció un gran premio a aquel artista que pudiera captar en una pintura la paz perfecta. Muchos artistas lo intentaron. El rey observó y admiró todas las pinturas, pero solamente hubo dos que a él realmente le gustaron y tuvo que escoger entre ellas.

La primera era un lago muy tranquilo. Este lago era un espejo perfecto donde se reflejaban unas plácidas montañas que lo rodeaban. Sobre estas se encontraba un cielo muy azul con tenues nubes blancas. Todos quienes miraron esta pintura pensaron que esta reflejaba la paz perfecta.

La segunda pintura también tenía montañas. Pero estas eran escabrosas y descubiertas. Sobre ellas había un cielo furioso del cual caía un impetuoso aguacero con rayos y truenos. Montaña abajo parecía retumbar un espumoso torrente de agua. Todo esto no se revelaba para nada pacífico.

Pero cuando el Rey observó cuidadosamente, vio tras la cascada un delicado arbusto creciendo en una grieta de la roca. En este arbusto se encontraba un nido. Allí, en medio del rugir de la violenta caída de agua, estaba sentado plácidamente un pajarito en su nido...

- ¿Paz perfecta...?

- ¿Cuál crees que fue la pintura ganadora?

El Rey escogió la segunda.

- ¿Sabes por qué?

Explicó el rey: "Paz no significa estar en un lugar sin ruidos, sin problemas, sin trabajo duro o sin dolor. Paz significa que a pesar de estar en medio de todas estas cosas permanezcamos calmados dentro de nuestro corazón. Este es el verdadero significado de la paz".

FIN

PRIMARIA

Papá y Mamá no hacen los deberes

Autor : Eva María Rodríguez

Martín siempre esperaba a última hora para hacer los deberes. Así que muchos días no le daba tiempo a hacerlos. Y, con las prisas, casi siempre los hacía mal.

-¿Sabes, Martín? -dijo papá-. A partir de mañana yo también voy a dedicarme a jugar antes de hacer mis deberes. Y si no me da tiempo, pues no me dio.

-Yo pienso hacer lo mismo -dijo mamá.

Martín se rió de lo que le acababan de decir sus padres.

-Pero ¡si vosotros no tenéis deberes! -dijo.

-Claro que tenemos deberes -dijo papá.

-Y si no los hacemos hay consecuencias -dijo mamá.

Martín se rió un buen rato y luego se marchó pensando que sus papás decían muchas tonterías.

Y llegó la hora de merendar.

-Papá ¿me has hecho la merienda? -preguntó Martín.

-Uy, pues no -dijo papá-. Mamá y yo estamos jugando al parchís.

-¿Me la haces, por favor? -preguntó Martín.

Papá fue corriendo, sacó el pan del molde y un par de lonchas de fiambre. Lo colocó en un plato. Luego llenó un vaso de leche y se lo dejó a Martín de cualquier manera en la mesa de la cocina.

-¿Qué es esto? -preguntó Martín.

-Eso es lo que pasa cuando haces las cosas con prisa y sin ganas -dijo papá-. Me voy, que estoy a punto de ganar a tu madre.

Por la noche pasó algo similar. Papá y mamá habían estado jugando hasta tarde y cenaron lo primero que pillaron.

Martín estaba muy desconsolado. Aquella cena era horrible.

Y cuando se fue a la cama...

-Mamá, no encuentro ningún pijama limpia -dijo el niño.

-Lo siento, hijo, es que hoy no he lavado ni he planchado -dijo mamá-. Ponte cualquier cosa para dormir.

Y por la mañana...

-¿Qué hay para desayunar? -preguntó Martín.

-Vaya, ayer tampoco fuimos a la compra -dijo papá-. No hay nada para desayunar.

-Ni fregamos los platos -dijo mamá.

-Y no tenemos ropa limpia para vestirnos -dijo papá.

-Tampoco cambiamos la rueda del coche, que se pinchó ayer -dijo mamá.

-Ni recogimos el pis que el perro hizo en la alfombra de Martín -dijo papá.

-¡Para el carro, que no tenemos perro! -dijo Martín-. Ya lo pilló. Si cada uno no hace sus deberes esto no funciona.

-¡Eso eso! -dijeron papá y mamá.

-¿De verdad que no hay nada para desayunar? -dijo Martín.

-Algo encontraremos -dijo mamá-. Espero que no olvides la lección.

Y no la olvidó. ¡Vaya que no!